

Domingo XV. Año C

Introducción a una lectio divina sobre Lc 10,25-37

Hoy el evangelio no necesita mucho comentario. La lección de Jesús sigue siendo tan evidente hoy como lo fue el día que se la dio al letrado. Que sea de fácil comprensión no hace más fácil su cumplimiento. En realidad, como pocos relatos evangélicos, éste llama a un cambio de conducta radical a cuantos se creen ya *suficientemente buenos, porque tratan de ser buenos sólo con Dios*. En el letrado que pregunta a Jesús estamos dibujados todos los que andamos tan preocupados por nuestra salvación, que no nos ocupa lo más mínimo la salvación – ¡en forma de simple sanación! – del prójimo. Y es que, si algo caracteriza a los buenos hoy, es su modo de conjugar su interés personal por Dios con su desinterés por los hombres: nos inquieta vivir junto a Dios, pero no nos preocupa vivir cercanos al prójimo. Vivimos cuestionándonos cómo ir a Dios y no sabemos dónde hemos dejado a nuestro prójimo. Tememos alejarnos de Dios a quien tanto necesitamos, pero no nos da vergüenza habernos distanciado del prójimo que nos necesita.

En aquel tiempo, ²⁵se presentó un maestro de la ley y le preguntó a Jesús para ponerlo a prueba:

“Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?”

²⁶Él le dijo:

“¿Qué hay escrito en la Ley? ¿Qué lees en ella?”

²⁷Él contestó:

“Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas y con toda tu ser. Y al prójimo como a ti mismo!”

²⁸Él le dijo:

“Bien dicho. Haz esto y tendrás la vida”

²⁹Pero el maestro de la ley, queriendo justificarse, preguntó a Jesús:

“¿Y quién es mi prójimo?”

³⁰Jesús dijo:

“Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos bandidos, que lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon, dejándolo medio muerto. ³¹Por casualidad, un sacerdote bajaba por aquel camino y, al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. ³²Y lo mismo hizo un levita que llegó a aquel sitio; al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. ³³Pero un samaritano que iba de viaje, llegó a donde estaba él y, al verlo, le dio lástima, ³⁴se le acercó, le vendó las heridas, echándoles aceite y vino, y, montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. ³⁵Al día siguiente, sacó dos denarios y, dándoselos al posadero, le dijo: “Cuida de él, y lo que gastes de más yo te lo pagaré a la vuelta”.

³⁶“¿Cuál de estos tres te parece que se portó como prójimo del que cayó en manos de los bandidos?”

³⁷Él contestó:

“El que practicó la misericordia con él”.

Díjole Jesús:

“Anda, haz tú lo mismo”.

I. Lectura: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice.

El episodio se presenta como una conversación con dos partes bien definidas (Lc 10,25-8.29-37): ambas inician con una pregunta del letrado (*¿qué tengo que hacer?:* Lc 10,25; *¿quién es mi prójimo?:* Lc 10,29) y se cierran con un mandato de Jesús (*Haz esto:* Lc 10,28. *Haz tu lo mismo:* Lc 10,37). Decisivo no es andar preguntando qué hacer, sino hacer la voluntad de Dios. Y quien se acerca a Jesús, aunque sea para cuestionarle, terminará conociendo el querer de Dios.

El encuentro del letrado con Jesús – verdadero des-encuentro – está motivado en el deseo de saber cómo salvarse. Su pregunta le honraría, de no ser malintencionada. Jesús la aprovecha para es ocasión para que Jesús explicar el sentido del primer mandamiento de la ley. Quien se acerca a Jesús sabe que debe *hacer algo* pero no sabe qué *para heredar la vida eterna*.

La primera parte es una discusión ‘escolástica’, entre expertos en la ley, sobre un tema central de la vida creyente en Israel: cómo *entrar a poseer la vida eterna* (Lc 10,25). La conversación se abre por iniciativa del letrado, inquieto por su salvación. Aunque su pregunta parece sincera, loable incluso, el narrador nos descubre que no era bienintencionada. Quien pregunta debería conocer la respuesta, piensa Jesús; y de hecho, la conocía bien. Preguntándole qué dice la Ley al respecto (Lc 10,26), Jesús obliga al escriba a centrar la atención no en lo que él pueda decir sino en la voluntad escrita de Dios. Obliga así al escriba a buscar él mismo la respuesta en la palabra de Dios. Que acierte en la respuesta hace más necesaria la obediencia: hacer la Palabra le hará vivir.

En la segunda parte del diálogo la iniciativa es de Jesús, aunque es provocado por la cuestión, nada inocente, del letrado: sí, ¿pero quién es mi *prójimo*? (Lc 10,29). Responde Jesús algo enigmáticamente, con una 'parábola'; obliga así a su interlocutor a buscar por sí mismo – de nuevo – la respuesta justa. Pero ya no en la Palabra escrita, sino en un hecho de vida. Jesús le hace ver que no fueron prójimos quienes, por las prisas por servir a Dios, no se aproximaron al hombre malherido y abandonado. *Prójimo es quien practica misericordia con quien la necesita*. Saberlo obliga a practicarlo.

II. Meditación: *aplicar lo que dice el texto a la vida*

Una pregunta malintencionada es ocasión para que Jesús explique el sentido del primer mandamiento de la ley. ¡Claro que es importante conocer de antemano de qué va a depender la propia salvación!. Pero quien hacía la pregunta, sabía ya la respuesta. Lo que no deja de tener su mérito: el hombre tuvo que elegir entre centenares de preceptos que entonces regían la vida del justo para dar con los dos que, de verdad, importan. Y Jesús, que no pudo por menos de darle razón, le retó a que lo pusiera por obra: *haz lo que dices y vivirás*. Pero era ahí donde le iban a nacer las dificultades al perito en leyes: sabía *lo que* debía hacer, amar a Dios y al prójimo; pero no sabía *cómo* hacerlo, pues desconocía quién era su prójimo.

Hay preguntas que no habría que ponérselas a Jesús, porque sus respuestas están ya desveladas en la Palabra de Dios. Hereda el cielo quien ama con total exclusividad a Dios y como a sí mismo al prójimo. Curiosamente, el letrado, que sabe de leyes, no encuentra dificultad en el amor que a Dios debe, un amor total, indiviso, sin fisuras, permanente..., sino en saber quién es el prójimo a quien amar como a sí mismo. Se imagina que puede amar a Dios como se merece. Le parece fácil amar a un Dios que exige todo. Encuentra problema en identificar al prójimo a quien amar como se ama a sí mismo. La dificultad no está, pues, en amar, sino en identificar a quién amar. Resulta chocante que, como el letrado, no encontremos dificultad en amar a Dios como él exige y sólo nos cuestione no saber dónde está el prójimo que he de amar como si yo mismo fuera. No podrá amar al prójimo quien no ame a Dios con todo su corazón, con toda su mente, con todas sus fuerzas.

La pregunta del letrado fue malintencionada no tanto porque de antemano supiera la respuesta cuanto porque no contaba desde el principio con su prójimo. Pensaba que amar a Dios es más fácil que amar al prójimo. Imaginaba que puede conocer a Dios sin saber dónde está su hermano. Creía amar a Dios, que no es prójimo del hombre, mientras se preguntaba por el hombre a quien amar, su prójimo. Se ilusionaba con que Dios le era familiar, pero no veía que cualquier hombre es su prójimo. Daba por supuesto lo que no es obvio, en una palabra, y descuida lo evidente. Con su pregunta el letrado piensa librarse de la obediencia. En realidad, se condena a sí mismo, como tantas veces lo hacemos nosotros, cuando nos declaramos dispuestos a servir a Dios, a quien damos por conocido y próximo, mientras nos negamos a servir a nadie que nos esté realmente cercano. Servir a Dios no significa nunca servirnos de Él, sino servirle en quien nos necesite.

Es estremecedor que el problema de este hombre de Dios, que tan bien conocía su ley, fuera que ignoraba quién era su prójimo. Sabía qué tenía que hacer, pero desconocía a quién debía hacérselo. Siempre ha sido el problema del creyente no Dios y el amor que se le debe, sino el prójimo a quien se debe amar. Es una dificultad propia de quien vive estudiando y comprendiendo a Dios: a fuerza de acumular saberes sobre Dios, desconoce quién es el prójimo, esa persona a quien amar como a uno mismo; ilusionado por estar junto a Dios, se olvida de quedarse al lado de su prójimo. Porque, por poco que lo pensemos, ¿cómo no dar razón al letrado cuando se pregunta si hay alguien, fuera de Dios, que se merezca amor idéntico al que nos damos? Es lógico que Dios nos pueda exigir un amor total, tan normal es como que no se lo logremos dar. Pero, ¿quién puede soñar en ser amado como cualquiera se ama a sí mismo? ¿Quién es, pues, en realidad mi prójimo?

Es lo que Jesús responde con una parábola, ayudándole así a que sea él mismo quien identifique al prójimo. La historia que narra Jesús es tan real como la vida misma; ante un hombre necesitado de ayuda tres desconocidos toman actitudes contrapuestas: los dos primeros, hombres de Dios, lo ven y pasan de largo; coinciden en desentenderse de él; el tercero, un despreciado samaritano, lo ve, siente lástima, se detiene, se le acerca y le presta ayuda inmediata; le dará su tiempo, su dinero y sus cuidados; y cuando lo deje, lo dejará bien atendido por otros. Aunque, por samaritano, no es considerado buen hombre ni vecino bueno siquiera, es el único, de entre los que pasaron por el camino, que actuó como prójimo del herido: sólo él se aproximó al necesitado y lo auxilió.

Con la narración de una parábola Jesús nos ayuda a encontrar la solución, sin dárnosla explícitamente: prójimo no es el hombre que nos es cercano, el semejante, sino aquel que necesita de nosotros y a quien, por ello, debemos acercarnos. Es mi prójimo quien precisa de mi tiempo y mis cuidados, de mi solidaridad y mi asistencia, aunque esté lejos o me sea desconocido, sea extranjero o enemigo (samaritano). Mi prójimo no es el próximo, porque es vecino o me es familiar, sino aquel a quien me debo aproximar, porque está en apuros y me necesita. El precepto del amor al prójimo se extiende, pues, hasta límites insospechables, mejor insoportables. No sólo porque hay que encargarse de quien precise de mi ayuda, quienquiera que sea, sino también, y sobre todo, porque mientras haya alguien que me necesita no he acabado de amar a mi prójimo como a mí mismo.

Y no es nada casual que, en la parábola, quienes se dedicaban a servir a Dios, dieran un rodeo y obviarán al necesitado. Jesús critica seriamente a quien por vivir abstraído en sus obligaciones para con Dios, pasa de largo de cuantos lo

necesitan: en el indigente uno encuentra, juntos, a su prójimo y a su Dios. No hay ocupación más santa ni urgente que cuidarse de Dios, al que tanto necesitamos, cuidándonos de prójimo, que tanto nos necesita.

Habría que reparar, además, en la carga crítica de la narración de Jesús: los hombres que menos se interesaron por el prójimo fueron los que más interesados parecían en Dios; creyentes que vivían, ¡y sinceramente!, para dar culto a Dios, cultivaron la fraternidad con el necesitado; hombres de Dios no fueron hombres buenos, próximos siempre a Dios no llegaron a aproximarse al hombre que encontraron en el camino: ocupados en servir a Dios, no tuvieron tiempo ni la tentación siquiera de ocuparse en quien los necesitaba; toda su vida la habían dedicado a Dios, por eso se dispensaron de dedicar unas horas a su prójimo; consagrados a un Dios que no necesita de nadie, no pudieron entregarse a quien les necesitaba.

La enseñanza es clara, y el letrado la entendió fácilmente. Próximo no es quien nos está cercano y al que podemos acudir fácilmente cuando le necesitemos; próximo es aquel que, por necesitarnos, pide de nosotros ayuda y compañía, solidaridad y compasión y nos invita a acudir en su ayuda. El próximo a quien amar no es quien conocemos de siempre, aquel con quien convivimos y nos son familiares sus gustos y sus defectos; próximo a quien amar es todo aquel a quien debemos acercarnos porque nos descubre su necesidad; quien precisa de todo aquel que pasa a su lado, quien depende de otros para vivir o sanar, ése es nuestro próximo. Para que alguien sea nuestro próximo basta, pues, con que sepamos de su indigencia: quien nos necesita, a quien debemos proximidad y ayuda, ésa es la persona a quien amar como a nosotros mismos.

No hace falta mucha imaginación para ver aquí reflejado nuestro comportamiento: andamos buscando a Dios toda nuestra vida e ignorando al próximo necesitado, que es el rostro auténtico del Dios que buscamos; necesitados como estamos de Dios, no tenemos en cuenta a cuantos nos necesitan. Y seguimos cultivando una vida de fe que nos vuelve insensibles con los demás: deseamos obtener de Dios un amor y su misericordia, pero no estamos dispuestos a dárselos a quienes nos la piden; caminamos hacia Dios, anhelando su aprecio y menospreciando a cuantos encontramos en el camino. Jesús ha enseñado quién es el próximo a quien amar a un letrado preocupado por su salvación. Hay cosas que Jesús revela sólo a quienes no se interesen por 'la vida eterna'.

A Dios hay que amarlo con todo lo que somos o tenemos. Al próximo, sólo como uno se ama a sí. No son dos amores idénticos; pero el segundo es prueba del primero. Quien vea un próximo necesitado y no se le aproxima, dé rodeos y pase de largo, ni se ama a sí mismo, ni ama a Dios como se merece. Jesús nos recuerda hoy que no hay amor verdadero a Dios, ni culto auténtico, sin amor concreto al necesitado que se nos aproxime. Jesús nos lo ha puesto difícil: el amor al próximo, aquel a quien me tengo que acercar porque depende de mí, aquel a quien debo aproximarme para ayudarlo en su necesidad, no permite excusa alguna: hacerse próximo del que nos necesita es cumplir la ley. Haz esto y vivirás.